

JESUITAS Y ARQUITECTOS

Por GUILLERMO FURLONG, S. J.

De la Academia Nacional de la Historia (República Argentina).

(Trabajo publicado en *Revista Arquitectura*, número 283, publicación de Buenos Aires)

En la arquitectura, como en todos los demás campos del arte y de la ciencia, contó la Compañía de Jesús con Padres o Hermanos de reconocida capacidad técnica. Tal vez pueda y deba afirmarse que fué en la arquitectura en la que más se empeñaron, no bien comenzaron los jesuitas a fundar casas, colegios y reducciones, en estas partes del Nuevo Mundo. Ciento es que nada urgía tanto como el poseer las necesarias habitaciones en que morar y los necesarios templos en que ejercer, con comodidad y dignidad, los sagrados ministerios.

La fundación de las Reducciones Guaraníticas se inicia en 1610 y a los veinte años de iniciadas contaban ya con un arquitecto: el Hermano Bartolomé Cardenosa, a quien el historiador brasileño Aurelio Porto califica de "notable arquitecto". No podemos precisar si era un técnico de profesión o un mero aficionado, pero parece que lo primero y no lo segundo es lo más probable. Ignoramos cuándo vino al país, si es que era europeo, e ignoramos cuándo ingresó en la Compañía, pero poseemos una carta del General de los Jesuitas, datada en Roma y diciembre de 1634, dirigida al Hermano Bartolomé Cardenosa, en la que se lee: "Con no pequeño consuelo he leído la [carta] del Carísimo Hermano de octubre de 1631. El libro de *Architectura y Dibujos* que pide, procuraré que vaya en la primera ocasión. No sé si el Padre Procurador lo podrá llevar, por si ya ha partido [de Roma], pero se hará diligencia para que o a él o a otro se entreguen."

Cardenosa, indudablemente no solicitaba ese libro y esos dibujos para estudiar arquitectura y capacitarse para realizar las necesarias construcciones, ya que en ese mismo año 1634 estaba construyendo la Iglesia de la Reducción de San Nicolás, y anterior y posteriormente construyó otras varias, como ha puesto de manifiesto el señor Aurelio Porto en su monografía sobre Cardenosa. Aun más: parece que este olvidado arquitecto era atrevido y magnánimo, si es que se refiere a sus construcciones lo que el General de los Jesuitas escribía al Padre Diego de Boroa en 30 de octubre de 1637, lamentando que fuera verdad que "las iglesias de las Reducciones son grandes y costosas, y de mucho trabajo para los pobres indios. La moderación debida encargo a Vuestra Reverencia".

El Hermano Cardenosa debió de fallecer antes de 1671, ya que su nombre no aparece en el Catálogo de ese año; pero en 1674, si no antes, tenía ya un sucesor en las Reducciones. En el Catálogo de ese año de 1674 se nos informa que en la Reducción de San Carlos se halla el "Hermano Domingo Torres..., Arquitecto", y el Catálogo de 1678, aunque sin especificar su tarea, nos dice que en ese año estaba ubicado en San Nicolás. El dato es de interés, pues indica que el Hermano Domingo Torres era a la sazón el gran arquitecto misionero, y a construcciones suyas aludía sin duda el Padre Tomás de Baeza cuando, en carta

al General de los Jesuitas, Padre Tirso González, le manifestaba que entonces "se fabricaban dos hermosos templos en las Doctrinas de Loreto y San Ignacio y que había dado licencia para que se fabricase otro en Santo Tomé más capaz, por no ser bastante el antiguo". "Todo nos consuela mucho —agregaba el General de los Jesuitas—, y es argumento del fervor y gusto con que los indios se aplican al culto divino y ejercicios cristianos."

Mientras Cardenosa y Torres construían en Misiones, contaba la ciudad de Córdoba con otro arquitecto, y verdaderamente eximio. Le cabe la gloria de ser el único arquitecto conocido y cierto del templo de la Compañía de Jesús en Córdoba, que es, a nuestro ver, el monumento más destacado y atrevido que nos ha dejado el pasado colonial. El Hermano Felipe Lemer era belga y había recorrido Europa y América antes de llegar al Río de la Plata e ingresar en la Compañía de Jesús. Era ingeniero y constructor de cascos de barcos y había estado en los astilleros de Flandes, Inglaterra y Portugal.

Las Cartas Anuas de 1669 a 1672, que recuerdan su fallecimiento en 1671, aseveran que "su labor consistió grandemente en la construcción de techos, como quiera que era peritísimo en el arte de la madera... Cuando seglar vivió entre los belgas, donde probó ser conspicuo maestro en las construcciones navales y en la fabricación de cascos para el uso de los navegantes". Esto leemos en las Cartas Anuas de 1669 a 1672, y sabemos que su labor fué, en este sentido, verdaderamente eximia.

Hacia 1650, un arquitecto, o simple maestro de obras, inició la construcción del magno templo de la Compañía de Jesús en la ciudad de Córdoba, y en 1667, las altas paredes, carentes de estribos o de sostenes algunos exteriores, llegaban hasta el arranque de la bóveda. Grave fué la dificultad que se presentó entonces al constructor. "Techar un recinto cuya luz alcanza en partes a 10,42 metros (sus paredes, toscamente trazadas, no son exactamente paralelas) era problema harto difícil en aquellos tiempos, más aún en esa comarca, carente de grandes maderas de construcción. No se podía pensar en bóveda de mampostería, por cuanto los muros, faltos de estribos y no muy gruesos, no estaban calculados para los enormes esfuerzos laterales que produce el cañón corrido. La solución, por cierto ingeniosísima, fué dada por el Hermano Felipe Lemer, construyendo una bóveda liviana de madera, que es algo así como el casco de un navío invertido, con sus cuadernas o costillas vueltas hacia afuera, en este caso hacia el interior no visible del techo."

Tal es el origen, según expresión del señor Mario Buschiaro, de la bóveda, tan atrevida como ingeniosa, que recubre la Iglesia de la Compañía en la ciudad de Córdoba, y que tanto han ponderado, y ponderan, los conoedores del arte arquitectónico. Sabemos que el método empleado por Lemer en Córdoba se propagó a otras ciuda-